

Jue
10
Nov
2016

Evangelio del día

Trigésimo segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: San León I Magno (10 de Noviembre)

“Mirad, el reino de Dios está dentro de vosotros”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a Filemón 7-20

Querido hermano:

He experimentado gran gozo y consuelo por tu amor ya que, gracias a ti, los corazones de los santos han encontrado alivio.

Por eso, aunque tengo plena libertad en Cristo para indicarte lo que conviene hacer, prefiero apelar a tu caridad, yo, Pablo, anciano, y ahora prisionero por Cristo Jesús. Te recomiendo a Onésimo, mi hijo, a quien engendré en la prisión, que antes era tan inútil para ti, y ahora en cambio es tan útil para ti y para mí. Te lo envío como a hijo.

Me hubiera gustado retenerlo junto a mí, para que me sirviera en nombre tuyo en esta prisión que sufro por el Evangelio; pero no he querido retenerlo sin contar contigo: así me harás este favor, no a la fuerza, sino con toda libertad. Quizá se apartó de ti por breve tiempo para que lo recobres ahora para siempre; y no como esclavo, sino como algo mejor que un esclavo, como un hermano querido, que si lo es mucho para mí, cuánto más para ti, humanamente y en el Señor.

Si me consideras compañero tuyo, recíbelo a él como a mí. Si en algo te ha perjudicado y te debe algo, ponlo en mi cuenta: yo, Pablo, te firmo el pagaré de mi puño y letra, para no hablar de que tú me debes tu propia persona. Sí, hermano, hazme este favor en el Señor; alivia mi ansiedad, por amor a Cristo.

Salmo de hoy

Sal 145, 6c-7. 8-9a. 9bc-10 R/. Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob

El Señor mantiene su fidelidad perpetuamente,
hace justicia a los oprimidos,
da pan a los hambrientos.
El Señor liberta a los cautivos. R/.

El Señor abre los ojos al ciego,
el Señor endereza a los que ya se doblan,
el Señor ama a los justos.
El Señor guarda a los peregrinos. R/.

Sustenta al huérfano y a la viuda
y trastorna el camino de los malvados.
El Señor reina eternamente,
tu Dios, Sión, de edad en edad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 17, 20-25

En aquel tiempo, los fariseos preguntaron a Jesús:

«¿Cuándo va a llegar el reino de Dios?».

Él les contestó:

«El reino de Dios no viene aparatosamente, ni dirán: “Está aquí”

o “Está allí”, porque, mirad, el reino de Dios está en medio de vosotros».

Dijo a sus discípulos:

«Vendrán días en que desearéis ver un solo día del Hijo del hombre, y no lo veréis.

Entonces se os dirá: “Está aquí” o “Está allí”; no vayáis ni corráis detrás, pues como el fulgor del relámpago brilla de un extremo al otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su día.

Pero primero es necesario que padezca mucho y sea reprobado por esta generación».

Reflexión del Evangelio de hoy

Esta carta es la más corta de las atribuidas a Pablo y se ocupa de los temas del perdón y la reconciliación. Está dirigida a Filemón y es un texto admirable. Sin duda es auténticamente de Pablo, que se encuentra preso, y arroja mucha luz sobre la delicadeza de su corazón y la solución del problema de la esclavitud.

Filemón era un cristiano acomodado, posiblemente obispo de su ciudad Colosas (Pablo lo llama "nuestro querido amigo y colaborador" en los primeros versículos). Es un líder en esta iglesia. Onésimo era un esclavo fugitivo que se había apartado de su amo Filemón y probablemente le había robado. Su nombre quiere decir "útil" y Pablo lo considera "una parte de sí mismo".

Pablo no se identifica a sí mismo como un apóstol con autoridad, sino como "prisionero de Jesucristo". En la parte doctrinal de sus cartas nos dice que "todos somos miembros del Cuerpo de Cristo, somos miembros los unos de los otros" y a propósito de esta referencia bíblica, cito un texto de los Sermones de San León Magno, Papa (Sermón 4, 1-2) cuya memoria celebramos hoy: "Aunque toda la Iglesia está organizada en distintos grados, de manera que la integridad del Sagrado Cuerpo consta de diversidad de miembros, sin embargo, como dice el Apóstol, todos somos uno en Cristo Jesús; y esta diversidad de funciones no es en modo alguno causa de división entre los miembros, ya que todos, por humilde que sea su función, están unidos a la Cabeza, Cristo. En efecto, nuestra unidad de fe y de bautismo hace de todos nosotros una sociedad indiscriminada, en la que todos gozamos de la misma dignidad".

Aun manteniendo sus mutuas relaciones sociales, el dueño y el esclavo cristianos han de vivir como hermanos al servicio del mismo Señor. La fraternidad en el Señor ha de traducirse en comportamientos humanos. En los versículos del Salmo 145 que hoy nos ofrece la Iglesia, escuchamos conmovidos la experiencia de Dios que nos deja ver sus entrañas maternas inclinándose hacia el necesitado. A esto invita Pablo a Filemón, y a esto estamos llamados toda la humanidad: no podemos quedarnos indiferentes ante el clamor de los que sufren, somos hermanos y nuestro amor por ellos ha de derramarse.

La venida del Reino de Dios

El "Reino de Dios" es la palabra mágica que contiene toda la espera del pueblo de Israel y no es fácil pensar que Dios reina de una manera tan discreta, tan modesta, "sin dejarse sentir", pero para detectar la llegada del reino de Dios es necesaria mucha agudeza de atención, afinando nuestros oídos para oír su susurro y renovar nuestros ojos para discernirlo "en la noche".

Además el Reino de Dios no es un espectáculo, ya que no se le encuentra nunca en lo ruidoso sino tan solo en los humildes trazos, en pobres "signos", en los sacramentos de su presencia oculta; pero los signos son frágiles y ambiguos y hay que descifrarlos, interpretarlos, y es donde entra en juego la Fe.

Sin embargo se afirma que el Reino de Dios ya está entre nosotros, como una realidad ya operante. Es silencioso, crece dentro por medio del Espíritu Santo con nuestra disponibilidad, en la tierra que hemos de preparar. El Reino, dentro de cada uno de nosotros desde el día de nuestro bautismo, es el impulso que necesitamos para que nuestra relación (paternidad, filiación, amistad,... para con Dios) vaya en aumento por nuestra parte. Dios nos ama infinitamente y su amor es fiel y eterno, pero nuestra correspondencia es débil y tiene que afianzarse para vivir con Él en medio del sufrimiento y la persecución que el mismo Jesús nos anuncia y que nosotros experimentamos. Busquemos los signos de Dios en nuestra vida cotidiana donde Él siempre se encuentra.



Monjas Dominicanas Contemplativas
Monasterio Stma. Trinidad y Sta. Lucía (Orihuela)

San León I Magno

Un Papa para la cristología

León I el Grande, o Magno, diácono de la Iglesia de Roma bajo Celestino I (422-32) y Sixto III (432-40), elegido pontífice en el año 440, justo cuando ejercía de legado pontificio en Galia, intrépido salvador de Italia frente a la crueldad de Atila (452) y de Genserico (455), es uno de los padres y doctores mayores de la Iglesia latina. Su pontificado abarcó los años 440-61. Nacido probablemente en Roma a finales del siglo IV, tampoco debe ser desechado sin más el posible origen toscano. Su célebre Carta Dogmática a Flaviano (Ep. 28), en la cuestión eutiquiana (13 de junio de 449), es fundamental para la cristología, y a ella se debe el triunfo de la ortodoxia en el Concilio de Calcedonia (451), donde el documento fue acogido al grito de «Pedro ha hablado por boca de León». Especial interés revisten los Sermones, luminosos de forma, profundos por contenido, espléndidos de belleza latina, con estilo pontifical, si bien inferiores en genialidad a los de San Agustín y en facundia a los de San Ambrosio.

Si Gregorio Magno es el papa vuelto hacia el futuro, León Magno representa, más bien, el remate de un proceso, la celebrada y airosa cumbre de un período histórico a punto de terminar. Al adjudicarle el título de Magno se ha querido honrar en él más al heredero y ejecutor que al intuitivo e inspirador. Obispo de Roma durante los difíciles momentos de las invasiones bárbaras, impuso ortodoxia y disciplina en la vida de la comunidad cristiana, y con la predicación trató de inculcar a los fieles el profundo mensaje de la vida bautismal. Combatió la herejía, organizó la liturgia, embelleció las basílicas, renovó la vida monástica. En cuanto metropolitano de Italia centro-meridional, primado de Italia septentrional y patriarca de Occidente tampoco descuidó los sínodos romanos, ni la comunión eclesial con los otros obispos de Italia a la hora, ya de la lucha contra el pelagianismo y el maniqueísmo, ya de la recepción de la fe de Calcedonia.

Nunca se desentendió de lo político, tal y como la situación de la Iglesia imperial de entonces exigía. Un vivo concepto de la dignidad y de la autoridad presidió siempre su hacer pontifical, requiriendo, por supuesto, que le fuera reconocida su alta misión al servicio de toda la Iglesia, aunque sin olvidar nunca la humildad, o sea, su dependencia absoluta de Cristo, verdadero Señor de la Iglesia. Intransigente con el error en la fe y con la indisciplina, supo en cambio comprender y estar siempre dispuesto y disponible a la recuperación de los desviados. Para tan prudente moderación y cordura de espíritu, especialmente sobre el plano dogmático, le habían dispuesto la vasta cultura acumulada con el paso de los años, el profundo conocimiento jurídico que le venía de atrás y la buena formación retórica contraída en su habitual recurso a los clásicos. Con proverbial optimismo cristiano en el ser y en el quehacer, convencido como estaba de que el Señor jamás abandona a su Iglesia, persuadido de ser guiado por Cristo presente en Pedro, resulta casi lógico que defendiera las antedichas tesis primaciales.

Es la suya, sin duda, teología más bien tradicional. No brilla por reflexiones originales en torno a la fe cristiana, por ejemplo. Despliega sobre todo una pastoral común, pero él mismo es consciente de que, al defender la ortodoxia, contribuye a implantar la concordia en la cristiandad. Propenso a cierto método exegético, desarrollado sobre todo por San Agustín, con las predicaciones litúrgicas sabe conducir a sus fieles, de la realidad histórica (ordo rerum) de la vida de Jesús a una inteligencia más profunda, y a la ejemplaridad de unos hechos (gesta) efectuados de una vez y para siempre. En cuanto a su cristocentrismo, por una parte defiende con energía el dogma del único Cristo en dos naturalezas, tesis fundamental de Calcedonia, y de modo particular la encarnación, mientras que, por otra, no deja de hablar de Cristo, Señor y Salvador.

El aspecto kerigmático es, a pesar de lo dicho, más importante. Destaca sin cesar la presencia de Cristo en la comunidad cristiana, y muy concretamente en la Iglesia de Roma. Para las prerrogativas de la sede apostólica recurre a la nomenclatura política, donde es buen exponente de la transposición del concepto político de Roma aeterna, caput orbis terrarum (Roma eterna, cabeza del orbe terráqueo) en el cristiano Urbs sancta. La colaboración papa-emperador se impone teniendo en cuenta que Cristo es el Señor, ya de la Iglesia, ya del Imperio. De ahí que, según él, no sólo la salvación de las almas, sino también la *salus rei publicae*, derivada de la *pax christiana*, provienen y se fundan en la encarnación de Dios. Teología política la de León Magno, en resumen, heredada de Eusebio de Cesarea, muy discutida y problematizada hoy día en sus líneas generales, es verdad, pero cuya principal intención fue, a la postre, ciertamente religiosa.

Pedro Langa, O.S.A.